

PEDRO ROSAS ARAVENA

Rebeldía, subversión y prisión política

Crimen y castigo en la transición chilena.
1990-2004



ÍNDICE

Prólogo	5
Presentación	7
Presentación a un latido de distancia	13
Introducción de alta seguridad	17
Capítulo I	
Los pasos iniciales	27
Capítulo II	
En todas las esquinas: Fuego, grito y esperanza	37
Capítulo III	
La alegre rebeldía	63
Capítulo IV	
La dignidad rebelde	
Escenario de transición, cautiverio y proyecto	149
Conclusiones	299
Anexos	303
Bibliografía	319

Un sábado de octubre atravieso por sexta vez una Cárcel de Alta Seguridad (CAS). No hay cuerpo que pueda permanecer insensible a esta extraña rutina, ni día en el que dejen de sobrecoger las rejas, los fierros, las tonalidades grises, la oscuridad y los neones, la suciedad y el vacío, los cerrojos y las llaves, las botas, los uniformes, las normas arbitrarias. Cada vez se resiente, intacta, la violencia del espacio-tiempo contenido en el edificio de la CAS, lugar diseñado para domar “terroristas”.

Es sábado, día de visita, y ya he aprendido cómo hacer para no dejar que el frío me entumezca los huesos y no entorpezca el habla ni los gestos de ternura. Me cubro de varias capas de camisetas, chombas, chales, y penetro al recinto movida por el deseo de un nuevo encuentro.

Última celda a mano derecha, al fondo del pasillo. Golpeo y empujo la puerta de fierro negra. Esa puerta que debería preservar la intimidad, no se puede cerrar.

Pedro está sumergido en su manuscrito, corrige las primeras pruebas de imprenta de este libro. Rigor.

Levanta la cabeza, su mano libera el rostro de la masa de cabellos largos. Sonríe. Al instante nos reconocemos sin asombro, como la primera vez.

La celda, una mesa rectangular, un ramo de rosas rojas en un tarro, libros en el suelo, libros en estantes improvisados, papeles, archivos, muros lisos y una cama estrecha. Ascetismo obligado. No engañarse, no encubrir el cemento.

Nunca imaginar el afuera ni dejarse invadir por el recuerdo de la frescura del aire una madrugada de verano. Borrar de la mente el ruido del viento azotando los ceibos, la sirena de los barcos, las goteras sobre el suelo de madera. Nunca seguir con la mirada el vuelo de los pájaros, el rayo verde en el horizonte rocoso. Destruir las promesas apenas dibujadas, hacer de la utopía carne y de la lucha aquí y ahora el punto de fuga.

Para mantenerse vivo, ser pensante y actuante, el cautivo retiene el ensueño, trabaja como historiador el presente que contiene en sí mismo el pasado y el futuro. Pedro posee la fuerza de la piedra, de la madera seca... fuerza por momentos tal vez aterradora para él.

La cárcel revela un hombre poseído por el deseo de vivir. Nada en su postura deja entrever lo que percibo: angustia, cansancio y esa tristeza que ahoga. Recorrido inalterable de cuatro

metros cuadrados años y años, forzado a mirar los mismos muros amarillentos, los tubos de cemento, las rejas, el mismo retazo de cielo, las mismas baldosas sucias del patio. Náusea.

El paso del tiempo no disminuye la crueldad del encierro. Sin embargo, ninguna queja, ningún resentimiento. Pedro sostiene el edificio de la prisión sobre sus hombros. Retiene y disimula el sufrimiento hora tras hora, mes tras mes. Vive sin jamás vislumbrar el espacio de libertad. Lucha y se debate contra la mecánica jurídica kafkiana y continúa deconstruyendo la materia de su vida: rebeldía, subversión, prisión.

Hace falta aliviar ese destino.

Ya basta. Basta de prisión y castigo. Basta de llamar terroristas a los revolucionarios. Devolvámosle a cada palabra su consistencia, usémoslas con precaución y seriedad. La confusión alimenta el caos y la muerte, no sirve para aunar el tejido social de la democracia.

Pedro ha creado entre cuatro paredes un devenir de liberación, su pensamiento y su acción han desbordado los muros; otro mundo surge, tiene cuerpo y verbo. Su mirada sincera percibe la potencia de lo efímero, el valor de aquello que el capitalismo etiqueta como inútil, la multiplicidad en marcha, lo universal de la acción restringida. Su capacidad de escuchar desborda los rituales conocidos del compromiso político, sus gestos medidos retienen la ilusión de la velocidad, su inteligencia descifra la riqueza que contiene todo espacio vacío y desmorona el mito de la complejidad que esgrime el poder para mantenernos pasivos. Su convicción irrestricta de que resistir es crear acaba al mismo tiempo con el militante triste y la ideología mercantilista dominante. Su amor por la vida es compromiso de lucha, simplemente porque así y no de otra manera es la verdadera vida. La potencia de su ser es contagiosa, crea lazos, construye.

Hay urgencia. Pedro, un hombre libre, es necesario en libertad, al igual que todos sus compañeros presos. Los necesitamos, todos. Sus madres necesitan sus abrazos; sus hijos, sus presencias cotidianas. Los de abajo, los sin rostro, los olvidados de siempre, los que luchan cada día, la sociedad civil en resistencia, requieren sus presencias activas, sus gestos, sus pasos.

Espero que cuando este libro se encuentre con sus lectores, nuestro clamor habrá sido escuchado por quienes tienen el destino de Pedro y sus compañeros en sus manos.

El devenir de Pedro Rosas y de todos los presos políticos concierne a cada uno de los chilenos, personalmente. Con ellos, una parte de nuestro ser se encuentra encarcelada.

CARMEN CASTILLO

Noviembre 2004

PRESENTACIÓN

La historia también se escribe en tiempo presente. Contrariamente a lo proclamado por los agoreros de su fin, en nuestros días el flujo de acontecimientos que van cambiando el curso de las sociedades humanas se acumula con una rapidez y densidad nunca antes imaginada. La historicidad fluye por los poros de todos los actores sociales. El “viejo topo” continúa su camino aunque las “historias y verdades oficiales” desconozcan su existencia o traten de relegarlo al olvido.

La eterna “transición” chilena ha cargado con numerosos abandonos, verdades “políticamente correctas” y tentativas de construir “historias oficiales”. Un aspecto particularmente oscuro y acallado durante estos catorce años de “democracia restringida” ha sido la prisión política. Al inicio de los años 90 se manifestó a través de la mantención de la reclusión de numerosos hombres y mujeres que habían combatido con las armas a la dictadura. Durante varios años la flamante democracia chilena arrastró la impresentable presencia de resistentes antidictatoriales encarcelados por haber luchado... ¡por la libertad! Solo a mediados de esa década, una serie de medidas jurídicas y políticas (indultos, conmutación de penas, etc.) permitió poner fin a una situación injusta a la par que lesiva para la imagen internacional del país que los gobiernos de la Concertación querían mejorar.

Sin embargo, las limitaciones de la “transición”, sus inconsecuencias y frustraciones, llevaron a varios núcleos de izquierda revolucionaria a continuar la subversión armada. En un contexto político distinto al de la década anterior, sus organizaciones fueron desarticuladas por los aparatos de seguridad del Estado, no pocos de sus militantes murieron como producto de la reacción represiva y la mayoría terminó en cárceles de Alta Seguridad diseñadas para quebrar su voluntad de combate y aniquilarlos personalmente.

Durante más de catorce años, los nuevos “presos subversivos” han protagonizado una dura lucha subterránea, las más de las veces acallada o distorsionada por los grandes medios de comunicación. Salvo contadas excepciones, la sociedad chilena –desinformada y manipulada por esos medios– ha permanecido indiferente a los atropellos a sus derechos esenciales que han sufrido esos hombres y mujeres encerrados en los recintos penitenciarios de la Alta Seguridad estatal. No obstante, a pesar de la negación del Estado, en los últimos años se ha bosquejado en distintos círculos un sentimiento de inquietud y de solidaridad. Producto de la propia lucha

de los presos políticos y de sus familiares y amigos, más y más personas se han ido enterando y conmoviendo. Entre tantas otras iniciativas solidarias, destaca la carta abierta que varios centenares de artistas, sindicalistas, profesionales, abogados de Derechos Humanos, religiosos, dirigentes de variadas organizaciones sociales, estudiantes e intelectuales dirigieron en abril de 2002 al Presidente Ricardo Lagos, solicitándole el indulto de cuatro presos políticos aquejados por enfermedades gravísimas, además de la búsqueda de una solución global para el problema de la prisión política en Chile. Desde entonces las cosas han evolucionado muy lentamente: una prisionera, Marcela Rodríguez, paralizada en silla de ruedas, fue enviada a Italia para seguir un tratamiento médico y cumplir una pena de extrañamiento; algunos contados presos políticos han comenzado a gozar de un régimen de salidas dominicales o diarias con reclusión nocturna. Pero la inmensa mayoría de estas personas –varias decenas– sigue esperando una solución político-jurídica tras los muros y barrotes de las cárceles de Alta Seguridad. Nuevas huelgas de hambre han marcado episódicamente las deliberaciones que la clase política ha comenzado parsimoniosa y soterradamente a articular para solucionar un problema incompatible con la imagen internacional que el Estado chileno pretende proyectar.

Pedro Rosas Aravena es uno de los casos más emblemáticos de este drama humano y político. Militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) desde 1983 fue detenido en marzo de 1994 por su participación en acciones “subversivas” llevadas a cabo por una de las fracciones en que se dividió su organización a comienzos de esa década. Pedro tenía entonces 28 años y había terminado poco antes sus estudios de Historia en la Universidad de Los Lagos de Osorno. Tras varios años de encierro, primero en la cárcel de esa ciudad y luego en la Cárcel de Alta Seguridad (CAS) de Santiago, emprendió la realización de su tesis de Licenciatura de Historia en las hostiles y poco convenientes condiciones para el trabajo académico que ofrecen los presidios de “alta seguridad”. A los avatares de la prisión política –huelgas de hambre, allanamientos, represión interna, traslados, castigos disciplinarios, malos tratos en ciertos períodos particularmente álgidos–, se sumó hace algunos años la aparición de un cáncer que lo ha obligado a someterse a duros tratamientos médicos (otorgados generalmente con bastante atraso por la administración penitenciaria). Con todo, sobreponiéndose a este sinnúmero de adversidades, Pedro Rosas fue capaz de preparar –bajo la dirección conjunta de Gabriel Salazar y de quien escribe estas líneas– una tesis de Licenciatura que defendió brillantemente a fines del año 2001.

Desde entonces Pedro Rosas ha continuado luchando por su libertad y la de sus compañeros, a la par que ha seguido ocupándose de su desarrollo intelectual. A comienzos de 2003 –en consideración a sus problemas de salud y del tiempo ya pasado en prisión– solicitó su indulto al Presidente de la República. Casi un año más tarde el Ministerio de Justicia le comunicó el rechazo del gobierno a la petición, a pesar de su inquietante estado de salud y de los excelentes informes que sobre su persona habían emitido psicólogos, trabajadores sociales y responsables penitenciarios. Antes de eso, doce historiadores –entre ellos el Premio Nacional de Historia Armando de Ramón– dirigimos a fines de abril de 2003 una carta

al Jefe de Estado apoyando la solicitud de indulto, pero nuestra misiva ni siquiera recibió una respuesta de cortesía del palacio presidencial.

Una limitadísima ley de indulto promulgada en agosto de 2004 no terminó con el calvario de Pedro ni de la mayoría de los presos políticos. Apenas cinco condenados fueron liberados y algunos otros recibieron beneficios menores como salidas dominicales. Paradójicamente, a pesar de no tener en su contra la aplicación de la Ley Antiterrorista, Pedro no se vio beneficiado por la ley de indulto, ¡por haber cumplido las penas contempladas en el flamante texto legal aprobado en el Parlamento! Como solo le queda por cumplir una condena en virtud del Código Penal, no pudo acogerse a los beneficios de la ley de agosto, si hubiese tenido a medio cumplir una de las penas contempladas en esta ley, hoy estaría en libertad. Pero como a menudo los designios de nuestros legisladores son insondables para el común de los ciudadanos, Pedro Rosas y otros tres prisioneros han quedado atrapados en un “hoyo negro” que ninguna autoridad del Estado se atreve hasta ahora a afrontar. Tan absurda e injusta es esta situación, que varios de los gestores de la ley de agosto, al enterarse—con sincera sorpresa—de los menguados resultados prácticos de su poco eficiente creación legislativa, la han definido como “kafkiana”.

Entretanto, la tesis de Pedro Rosas, enriquecida gracias al tesonero trabajo de su autor, que en forma paralela sigue los cursos para optar al grado de Magíster de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad ARCIS, sirvió de base para el libro que presentamos.

Se trata de una obra poco común en la historiografía chilena.

Si bien desde hace ya varias décadas la “historia con testigos” o “historia del tiempo presente” ha cobrado particular relevancia en Europa y otros países, en Chile, lamentablemente, su desarrollo ha sido más bien escaso. Distintas razones, que no es el caso detallar aquí, han conspirado contra un desenvolvimiento más impetuoso de este tipo de relatos y análisis históricos. Tal vez, una de las razones más frecuentes ha sido el temor de los historiadores a “comprometerse” en los laberintos de una historia que por ser reciente es particularmente controvertida y los involucra en tanto ciudadanos.

El libro de Pedro Rosas Aravena se inscribe en una perspectiva iconoclasta respecto de esa tendencia dominante. Desde su reclusión en la Cárcel de Alta Seguridad de Santiago el autor asume en su texto una defensa historiográfica, humana y política de la acción de los rebeldes revolucionarios de izquierda durante la década de los 90 en Chile.

Su trabajo se encuentra en el cruce de los caminos de la política y la historia.

Sin negar ni abandonar en ningún momento su posición política, Pedro Rosas se desenvuelve con maestría en el plano historiográfico. La suya es una historia desde una opción epistemológica claramente definida: “buscamos el significado que los actores dan a su acción”, lo que lo lleva a incursionar de manera brillante a través de la subjetividad de los rebeldes de los 90’, apoyándose para ello en la noción de *resiliencia*, concepto que tomado de la metalurgia ha pasado a las ciencias sociales a fin de describir y medir la capacidad de